

MARIA LEITNER: LA CONCIENCIA ÉTICA DEL TESTIGO

JAVIER FERNÁNDEZ RUBIO

Como lectores, creemos que los libros son eternos. Una vez publicados, siempre estarán ahí. Pero no es cierto. En un mundo que adora la novedad, como es el del libro, las obras son de hoja caduca. Los libros desaparecen con el tiempo: se agotan, se descatalogan, puede incluso que sigan ahí, pero sumergidos en el olvido, sepultados bajo una montaña de papel, criando polvo y parásitos hasta que llegue un momento en que se extingan.

Se calcula que la longevidad de un libro de producción industrial apenas sobrepasa los 70 años. La memoria de lo que fue no es tan longeva. Éxitos rutilantes de hoy, apenas en dos años quedan relegados a oscuros desvanecimientos de la memoria. Ese autor mediático, omnipresente hasta la sociedad, en apariencia imperecedero, acaba convertido pronto en un nombre siempre en la punta de la lengua, pero que no acaba de conjurarse del todo. A veces vuelve como un fagonazo, luego se pierde nuevamente girando sin vida en un universo libresco, vasto, insondable y frío.

Por eso se reedita y se rescata. Reeditar un libro es un ejercicio de exorcismo, en donde se conjura una presencia que vuelve del frío. Reeditar es una exhumación de cadáveres, salvo que no son cadáveres, vuelven literalmente a la vida, recuperando su frescura, su asombrosa contemporaneidad, su inteligencia, su voz, su pensamiento descongelado.

No todo acto de reedición es caritativo. En algunos casos, el olvido es un buen invento. En otro, es una tragedia, una injusticia en términos absolutos, esférica, una injusticia

que se mire por donde se mire, en todo momento y lugar.

Uno de los acontecimientos más felices en la vida de un editor es dar sentido a su labor recuperando lo que se creía perdido pero que tiene un valor innegable. El olvido de una gran figura de la escritura es una doble muerte del autor, por lo que editar es, con mayor o menor fortuna, una lucha contra la entropía, un intento de poner orden en el caso, de reagrupar las moléculas congeladas en los espacios siderales e invertir el paso del tiempo y dar con el origen. Editar es un acto de reparación histórica y literaria. Entonces sí, quien estaba desaparecido es reencontrado, lo que nunca mereció desaparecer vuelve a la palestra. Es un festín del recuerdo y un justo acto de reconstrucción.

Cuando ahora vuelve a publicarse una nueva obra de María Leitner (*Elisabeth, una muchacha hitleriana*), vuelve a la vida una figura cuya tragedia personal fue acorde con la tragedia del tiempo que tuvo que vivir, lo que es un acontecimiento para el lector. Infatigable, combativa, lúcida, con una prosa de precisa definición y diálogos pertinentes, los libros de esta autora que quiso dar cuenta al mundo de cuál era la otra cara de los paraísos artificiales del capitalismo y el fascismo, son de una modernidad sobrecededora.

Hotel América es el negativo fotográfico de *Grand Hotel*, el paradigma del lujo extravagante de aquellas megainstalaciones en donde el mantenimiento era enteramente manual. Leitner retrató las cocinas y las habitaciones de un gran hotel, dando visibilidad a los cientos de hombres y mujeres que mantenían la maquinaria engrasada.

Una mujer viaja por el mundo es la recopilación de los escritos periodísticos de quien ya practicaba, si no lo inventó ella, lo que ahora se llama periodismo inmersivo. A lo largo y lo ancho del continente americano, Leitner ejerció decenas de oficios, desde camarera hasta dependienta, contando después lo que oía y veía para ofrecer el retrato más conmovedor y corajudo de lo que ha sido y sigue siendo la explotación de muchos para el privilegio de unos pocos. De su paso por América hay deslumbramientos como su incursión en la Isla del Diablo o la ciudad de las ciudades, Nueva York.

En *Elisabeth, una muchacha hitleriana*, Leitner vuelca su experiencia y conocimiento sobre la aberración moral y política del ascenso del nazismo en un país como Alemania que sacrificó su democracia para vivir el sueño de un mundo gobernado por una raza superior. Por lo que oyó, por lo que vio, el proceso de crianza y represión de una joven fanática es conducido por la autora con una maestría tal que hace parecer fácil lo difícil: el proceso evolutivo de la toma de conciencia y repulsa de unos valores inculcados y el nacimiento de la rebeldía.

Como en tantos casos de tantos autores, sus novelas encierran dos relatos en sí: uno, el de la propia narración y otro, el de la vida del autor. Y aunque siempre conviene separar ambos casos, cuando se lee a María Leitner es imposible no pensar que detrás de sus páginas hay otro libro, el de su propia vida, que explica aquellas y al tiempo ofrece un testimonio dramático de que el periodismo y la literatura no son meros espectáculos, sino que cambian a las personas, aunque a qué precio!

El precio que tuvo que pagar Leitner (1892-1942) fue el de la locura y la muerte. Periodista y escritora revolucionaria de origen húngaro pero naturalizada alemana, tuvo una azarosa vida en la que escribió novelas y grandes reportajes utilizando la figura entonces insólita del periodista encubierto. Ella fue militante de izquierdas y su periodismo y su literatura quedaron adscritos a lo que se denominó Nueva Objetividad, corriente imperante en la República de Weimar. Conoció



ELISABETH, UNA MUCHACHA HITLERIANA

Maria Leitner
El Desvelo, traducción de Jesús García Rodríguez, 208 pp., 21 €

el exilio y su obra *Hotel America* fue quemada por los nazis. Viajó por el mundo, entró y salió de Alemania clandestinamente porque tenía que ser testigo de lo que ocurría. Su pista se pierde entre 1941 y 1942, en Málaga, mientras esperaba un visado para escapar a Estados Unidos de la persecución nazi. Norteamérica se lo denegó por su filiación comunista. A partir de entonces se pierde su rastro. Había enloquecido en la espera. Posiblemente desapareciera, como tantos otros, en un campo de concentración. ■